

Autor: Abilio Ayuso

CAROLINA

Ilustrador: Alejandro Ortigosa Quevedo



En el planeta X, sus habitantes vivían en el hemisferio sur, donde nunca se ponía el Sol, hasta que una catástrofe les obligó a emigrar al norte, donde la noche duraba treinta horas, allí apreciaron por primera vez la belleza de las siete lunas que orbitaban aquel mundo. Aquí hay personas a las que les puede suceder algo parecido.

+14

Carolina siempre había sido una triunfadora, el devenir de su vida semejaba haber sido diseñado por los hados benéficos.

Tercera hija de una familia “bien”, estudió lo que quiso hasta que se cansó y encontró un buen trabajo, que en realidad no necesitaba, porque alta, guapa, resuelta y con don de gentes, no le costó encontrar un pretendiente hijo único de una familia adinerada que se prendó locamente de la muchacha.

Parecía como si el destino abriera camino ante ella de la misma forma que un rompehielos se abre paso entre la banquisa del Ártico, ya que cuando se casó no tuvo el problema de abandonar el nido familiar para vivir con su marido, sino que se lo pudo llevar con ella.

La idea fue de su suegro que adquirió un terreno frente a un parque en la mejor zona de la ciudad y contrató un estudio de arquitectos para que diseñaran el bloque de pisos ideal, que sería únicamente habitado por miembros de la familia.

Hay que reconocer que hicieron un buen trabajo, las dos plantas del sótano formaban un amplio garaje. A nivel de la calle únicamente había un majestuoso portal vigilado por un conserje más la salida del garaje y trasteros para todos los vecinos, con lo cual, los equipos de esquí, las tablas de surf, bicicletas y Etc. no necesitaban subir a los apartamentos.

Los pisos, eran luminosos, espaciosos, con amplia terraza y diseñados a todo confort, en la terraza superior había una preciosa piscina, glorieta sombreada y un cuidado jardín con árboles frutales.

Decidieron que la primera planta no era digna de ser habitada, con lo cual instalaron en ella un gimnasio comunitario con spa y un salón polivalente que lo mismo servía de lugar de juego para niños y adolescentes como para celebrar los grandes festejos familiares.

Fiel a su palabra, el suegro ofreció la compra de un piso a precio de coste tanto a su familia como a la de Carolina.

Era una excelente oportunidad, así que los que tenían piso de propiedad lo vendieron y se trasladaron allí y a los que vivían de alquiler no les costó nada obtener una hipoteca por el 100%, ya que el valor de tasación era muy superior al importe que debían abonar por la vivienda.

Por lo tanto, Carolina tenía en el mismo edificio a sus padres, suegros, la abuela y sus dos hermanas con sus respectivos maridos e hijos y hasta los suegros de una de sus hermanas.

La convivencia, que en otro tipo de familia hubiera sido fuente de rencillas, entre

aquella gente de educación exquisita era una balsa de aceite, las puertas de los pisos permanecían casi siempre abiertas con lo cual niños y mayores deambulaban de una vivienda a otra sin anunciarse, pero si encontraban una puerta cerrada respetaban la intimidad y nadie llamaba al timbre, como mucho dejaban una nota por debajo de la puerta.

Lo mismo sucedía con la terraza comunitaria, todos iban a su aire, desde la abuela que utilizaba bañador completo hasta los más descocados que practicaban el naturismo sin que nadie les criticase ya que además tenían la ventaja de que dada la situación y el diseño de aquella terraza sólo podían verlos desde un helicóptero.

Como esposa perfecta que era, Carolina le dio dos hijos a su marido, niño y niña, la parejita, en tal punto opinaron que ya tenían suficiente.

Ella decidió que no quería ser la típica ama de casa que no hace nada más y dado que tenía criada a jornada completa que se ocupaba de la casa y los niños, más la colaboración incondicional de los abuelos, no tuvo dificultad en conseguir un trabajo adecuado a sus dotes.

Era ejecutiva en una empresa de servicios informáticos de alto nivel en la cual desempeñaba la función de secretaria del gerente, subdirectora y principalmente la imagen visible de la empresa a la que representaba a todos los niveles.

Cumplía su horario puntualmente, pero sin excederse, aparcaba su Mercedes minutos antes de las nueve de la mañana y entraba saludando amablemente a todo el mundo con la elegancia de una modelo de pasarela.

Al mediodía, si tenía alguna comida de relaciones públicas ya no regresaba a la oficina, y si no se hacía traer algo de una cadena de alimentos ecológicos que comía tranquilamente en su despacho mientras hojeaba alguna revista.

El resto del personal de aquella empresa eran gente muy cualificada, verdaderos cerebritos de la informática, incluso la contable era una verdadera “crac” de las finanzas que conseguía potenciar los ingresos pagando los mínimos impuestos posibles, igual que la vendedora de servicios que podía convencer a un esquimal para que le comprara una nevera.

Sin embargo, todo lo positivo de aquel grupo en el ámbito laboral lo tenían de nefasto en sus vidas privadas, la contable vivía sola con media docena de gatos, la vendedora después de dos divorcios había decidido que la mejor compañía del mundo era su perro, luego estaba el abuelo, apodado así porque pasaba de los cuarenta años, soltero empedernido, demasiado viejo para ir a una discoteca y demasiado joven para los clubs de jubilados.

Cerraban el cuadro Alfonso, reconocido síndrome de Asperger, pero genio de la

informática, el “Rasta” capaz lo mismo de craquear cualquier cuenta que detener el virus más maligno y el “Nervios”, que vivía con su abuela porque sus padres no le soportaban.

Sin embargo, aquel grupo variopinto, contra todo pronóstico se llevaba admirablemente, ya que después de siete años juntos cada uno de ellos era consciente tanto de sus peculiaridades y defectos como los ajenos, todos comprendían las dificultades de relación que padecía Alfonso y le ayudaban a integrarse pero sin forzarle.

También sabían comprender que el nervios padeciera una crisis y se encerrara en el lavabo a llorar, o que el rasta viniera a trabajar algún lunes aún un poco colgado, y todos entendían que la contable, lesbiana declarada, odiara a todos los hombres después de haber sufrido un intento de violación, a todos excepto a sus cuatro compañeros que para ella pertenecían a un mundo aparte.

Además de que los seis formaban una verdadera piña hacían cosas impensables los unos por los otros, como cuidar por turnos del perro de la vendedora cuando esta tuvo a su madre hospitalizada durante meses con un cáncer terminal, eso que alguno del grupo era alérgico a los animales, o eso creía.

Mención aparte fue el hecho protagonizado por la contable cuando al ir a cerrar la oficina se dio cuenta de que el pobre Nervios aún estaba llorando en el lavabo, tuvo el coraje de llevarlo a su casa, apartar los gatos y experta en masaje como era, aunque solo lo utilizaba con mujeres, le proporcionara un fantástico masaje tailandés con final feliz.

El muchacho comprendió lo que eso podía significar para una lesbiana y al acabar le dijo: “Si tú puedes superar el asco que te dan los hombres para ayudarme yo puedo superar mis mariconadas y mis lloriqueos para no fastidiaros”.

A lo que ella contestó: “Tú no eres un simple hombre, eres un amigo, que es mucho más que eso”.

Aquella noche durmieron juntos simplemente abrazados y a partir de entonces las crisis del muchacho se redujeron en un gran porcentaje, nunca comentó a nadie lo sucedido, ni con ella misma, ni nunca le pidió repetir el acto, cosa que ella agradeció.

También el abuelo había recibido ayudas de la vendedora que con ocasión de alguna boda familiar en la que sabía que todos criticarían su soltería y harían apuestas sobre si era gay, se había avenido a enfundarse su mejor vestido y acompañarle haciendo el papel de novia, dejando con un palmo de narices a los que deseaban averiguar si era novia postiza ya que conocía más de su vida que cualquier otra persona.

Así funcionaban, como un equipo bien avenido, se tapaban los errores unos a otros,

en alguna ocasión se habían ayudado económicamente e incluso habían sacado al Rasta de algún apuro declarando en un juicio a su favor.

Por supuesto Carolina era completamente ajena al grupo, trataba a todos con educación y amabilidad, pero se movía en un plano superior y ellos se daban cuenta.

Un día al Rasta se le ocurrió decir: “¿Os dais cuenta de que nos mira como a bichos?, no como bichos repugnantes, pero si como bichillos, como una oruga o una mariquita, seres inferiores”.

A partir de allí comenzaron a autodenominarse “los bichos” y hasta crearon un grupo de WhatsApp al que apodaron “bichos”.

Aquel grupillo organizaba a menudo eventos de todo tipo, desde simples comidas de hermandad hasta fines de semana en la nieve, al principio invitaban a Carolina a unirse como una compañera más que era, pero a partir de la doceava excusa decidieron que el número trece daba mala suerte y no la volvieron a invitar ni siquiera informarle de sus actividades extralaborales.

Cuando era el gerente de la empresa quien organizaba un evento como la comida antes de Navidad Carolina se veía obligada a acudir y mostrarse simpática con todo el mundo fruto de sus tablas como relaciones públicas, pero el grupo de los bichos sabía que se trataba sólo de una pose.

Pero la vida en ocasiones nos da sorpresas que nos obligan a tomar por un camino totalmente inesperado y eso es lo que le sucedió a Carolina aquellas navidades.

Era la tarde de Nochebuena, se estaba preparando la gran cena en el enorme salón comunal donde la chimenea ardía alegremente y el árbol de Navidad rebosaba regalos, Carolina se había preocupado personalmente de la cena y deseaba que fuera un exitazo, sin embargo se dio cuenta de un pequeño fallo, no quedaba ni un gramo de la salsa que tanto gustaba a su suegro, pero a grandes males grandes remedios, dado que era un día de diario el supermercado del otro lado del parque estaría aún abierto, se enfundó un abrigo y se dirigió hacia allí a toda prisa.

Por suerte les quedaban un par de botes, estaba a medio camino en mitad del parque contemplando las alegres luces que brillaban en su edificio cuando todo su mundo se vino abajo.

Una explosión de gas en el garaje derrumbó el bloque como si fuera un castillo de naipes, fue tan violenta que derribó un par de árboles de la parte contigua del parque,

Carolina dejó caer los botes de Salsa que había llevado con tanto cuidado y se acercó como un zombi, balbuceando: “No puede ser, no puede ser”, hasta que el calor del incendio subsiguiente le golpeó en la cara, en aquel momento cayó al suelo

inconsciente.

Cuando despertó, su percepción de la realidad estaba alterada, sabía que había pasado tiempo porque a intervalos recordaba haber tenido un duerme-vela en el que gritaba hasta que la volvían a sedar, lo primero que vio fue a Paquito, el nervios, sentado a su lado extrañamente tranquilo que incluso se atrevió a cogerle una mano y dedicarle una tímida sonrisa, ella intentó corresponder aunque su rostro ajado solo pudo componer una mueca y con una voz casi inaudible preguntó: “¿Has venido a visitarme?”.

“Bueno... no exactamente, te estamos acompañando por turnos, por si te despiertas que no te encuentres sola”.

“¿Quienes?”.

“Tus compañeros, los seis de la oficina”.

“Pobres, en plenas navidades, ¿Cuántas horas han pasado?”.

“Días, exactamente ocho, estamos en el nuevo año”.

“Dios mío, y que hago aquí, ¿No habrán enterrado a mi familia sin mí presencia?”.

“No te preocupes las labores de desescombro están siendo muy dificultosas”.

“Pero yo quiero estar presente, quiero ver...”.

“No hay nada que ver, solo cenizas, el incendio lo calcinó todo”.

Carolina permaneció callada mientras unas lágrimas resbalaban por sus mejillas. Uno de los doctores que hacía la ronda rutinaria la vio despierta y le hizo una seña a Paquito para hablarle en privado: “¿Es usted de la familia?”.

“Ya no tiene familia, todos murieron en el accidente, los que estamos aquí velando somos los compañeros del trabajo”.

“Muy generoso por su parte, el caso es que estamos muy preocupados por ella, necesitará asistencia psiquiátrica y compañía”.

“De la compañía ya nos ocuparemos nosotros, ustedes proporcionenle un profesional de confianza”.

“El caso es que, a pesar del tiempo que ha estado sedada, físicamente está bien, posee una salud extraordinaria, podría darle el alta ahora mismo, pero la tendremos un par de días más en observación”.

El psiquiatra dictaminó que no debía estar sola en ninguna circunstancia y que debía reintegrarse al trabajo lo antes posible, tres días después Laura la vendedora le dijo: “¿Te gustan los perros?”.

“Si, son muy simpáticos”.

“¿Podrías convivir con uno en tu casa?”.

“Supongo que sí, aunque nunca lo he probado, mi padre no quiso tener uno y mi suegro puso como condición que nada de animales en el bloque, hubo un par de familias que tuvieron que regalar sus perritos para ir a vivir allí, fíjate, los pobres animales se han salvado y todos los demás...”.

Las últimas palabras se mezclaron con un sollozo que Laura cortó diciendo: “Pues venga vístete que nos vamos a casa, ya tienes el alta”.

“Vale gracias, pero sólo hasta que encuentre algo”.

“Vivo sola en un piso grande, me irá de fábula que vengas, tendré con quien hablar y me ayudarás a limpiar y ya sabes lo que dijo el arregla-sesos, que debías estar acompañada”.

“Pero una viuda en tu casa será un incordio para tu vida social”.

“Mira guapa, después de dos divorcios infernales huyo de los hombres como de la peste y no me va el rollo de Elena de acostarme con mujeres, así que vida social... Cero, no serás ningún incordio”.

“Pues con los chicos de la oficina no te llevas mal”.

“Eso es otra cosa, son colegas, compañeros con los que compartimos penas y alegrías además te diré que son cuatro trozos de pan, incluso el Rasta que parece tan duro”.

Al llegar a la vivienda les salió a recibir un bóxer gimiendo como un cachorro, Laura se agachó a mimarlo y Carolina dio un paso atrás diciendo: “Huy, me esperaba un perrito...”.

“¿Un pequinés o una mariconadilla de esas?, ni hablar, yo quiero tener un perro no un ratuzo chillón, entra, seréis buenos amigos”.

Más adelante Carolina se sorprendió de que Nerón, el perro, estuviera más pendiente de ella que de su propia dueña así que comentó: “Se nota que soy la novedad, no me deja ni un momento”.

“Estás equivocada, sabe que estás sufriendo, lo huele, y te ofrece su amistad y su compañía, hay animales más inteligentes que los perros, pero ellos son los únicos capaces de captar los sentimientos humanos y solidarizarse con nosotros”.

“Es curioso, yo siempre los había visto como algo que ladraba y había que sacar a pasear, como mucho pensaba que servían para jugar con los niños y no entendía a la gente adulta como tú que tenían uno, imagino que al estar sola te ayuda mucho”.

“No creas que sólo sirven para las solitarias como yo, en las familias también aportan beneficios, son unos seres inocentes que rebajan tensiones, hacen que el ambiente sea más relajado y siempre están dispuestos a acompañar a quien más lo necesita”

En los días siguientes Carolina descubrió lo valiosos que podían ser sus compañeros, la contable le sacó de encima un motón de trámites odiosos y estúpidos respecto al tema de la herencia y los bancos, y Laura le hizo de filtro, tanto en el trabajo como en la casa que ahora compartían, de toda la gente que deseaba interesarse genuinamente por ella o sólo chafardear.

Lo peor de todo fue la empresa familiar, sin los conocimientos y los contactos de su suegro, su marido, un cuñado y hasta una hermana que había trabajado como secretaria era imposible mantenerla en marcha de forma competitiva, tuvo que liquidarla.

El problema fue que las indemnizaciones al personal despedido se comieron prácticamente todo el patrimonio ya que una maquinaria y equipos tecnológicos tan específicos de segunda mano no tenían demasiada salida.

Lo que mientras funcionaba había sido una máquina de hacer dinero, en liquidación apenas le generó lo suficiente para comprarse un coche nuevo, por supuesto mucho más modesto que el anterior Mercedes.

También Carlos el Rasta demostró su valía consiguiendo infiltrarse en los equipos de la compañía de seguros y en la de los arquitectos que habían diseñado el edificio.

Tanto unos como otros pretendían alegar que la causa del accidente se debió a un error humano de los propios habitantes del edificio, aprovechando que ellos ya no podían defenderse, incluso ambos trucaron algún plano y algún documento dando por hecho que cualquier copia que poseyera la familia se habría destruido en el incendio.

Con toda la información que obtuvo, los abogados de Carolina pudieron machacarlos, de allí sí que obtuvo los ingresos suficientes para rehacer el bloque, aunque de momento no tenía la menor prisa.

Al acabar el desescombros y recuperado los restos humanos que habían quedado después de aquel infierno se celebró el funeral, luego Carolina mandó que

incineraran aquellos despojos que una vez fueron toda su familia, días después, acompañada de sus compañeros subió a la casa de la montaña, enterraron las urnas profundamente y plantaron un abeto encima, al acabar miró al cielo y dijo: “Aquí yace mi vida entera, pasado, presente y futuro, ahora ya no soy más que una hoja que arrastra el viento, no me he suicidado tal vez porque soy cobarde y porque pienso que si lo hiciera no iría a gozar de vuestra compañía allí donde estéis, no me atrevo a decir que odio a Dios o al destino, pero no puedo apartar de mí ese pensamiento”.

Laura no habría aguantado a la antigua Carolina ni una semana en su casa, aún en el supuesto de que aquella repija se hubiera avenido a vivir allí, pero la desgracia le había limado los humos totalmente, ahora se sentía frágil e insegura, pensaba que en cualquier momento el destino la podía acabar de destrozar y agradecía la compañía de Laura, lo cual hacía que fuera postergando el momento de buscarse un apartamento para ella sola, al final tuvo un arranque de sinceridad y le dijo a su amiga: “Por favor, con toda sinceridad: ¿Te sabría mal que me quedara viviendo contigo un tiempo indefinido?, la verdad es que en la actualidad me aterra la idea de estar sola”.

“Ya te lo dije, en un principio me va bien que compartas mi piso, no me has molestado en absoluto, por el contrario, me paseas a Nerón cuando yo no tengo ganas, ya no tengo que ir al trabajo en un autobús atestado porque me llevas en coche y limpiar entre las dos mientras charlamos me resulta mucho más agradable que cuando lo hacía sola”.

“Pues en ese caso hay que repartir gastos, ya no puedo estar como invitada, además tú aquí has hecho una inversión en mobiliario electrodomésticos y decoración de la que yo estoy disfrutando por la cara, así que piensa qué cosas mejorarían nuestro confort y el sábado vamos a comprarlas”.

“La verdad es que sería una cínica si dijera que no, hace tiempo que estaba pensando en que me gustaría tener uno de esos televisores enormes, un frigorífico de película americana y un sofá rinconera hiper-confortable, pero como también me gusta viajar y salir a cenar por ahí y Etc. lo voy dejando. Por otro lado, repartir los gastos tal vez me permitiría ahorrar un poco, cosa que nunca he conseguido”.

“Pues hecho, ya tienes compañera de piso”.

A pesar de que el psicólogo había casi exigido a Carolina que socializara, no le estaba resultando tarea sencilla, su familia no existía y las amistades de su vida anterior eran gente guay, parejas de triunfadores como ella había sido, por tanto, en su nuevo estatus de pobre viuda desarraigada se sentía entre ellos como pez fuera del agua, con lo cual no hizo ningún esfuerzo en mantener la amistad ni tampoco ellos por retenerla.

Sucedió un día en que ella volvía de una visita de negocios, era la hora de la comida y como en la mayoría de las ocasiones sus compañeros apuraban sus bocadillos y sus

fiambreras en la sala de juntas para ahorrarse la comida del bar, escuchó el final de la conversación cuando Laura decía: “Ya veréis como os gustará este hotelito, luego reservo tres habitaciones y pasamos un finde fabuloso”.

Les sorprendió abriendo la puerta de improviso y diciendo con una sonrisa pícaro: “Os he pillado canallas, ¿Conque haciendo planes a mis espaldas?”.

Su sonrisa se desvaneció cuando la propia Laura le dijo: “No es nada personal, es sólo por superstición”.

“Ah... ya entiendo, pensáis que soy gafe y puedo traer la mala suerte al grupo”.

A lo que Laura le contestó con un aire de malicia: “Nada de eso Carolina, es que ya te hemos invitado y has rehusado doce veces, el número trece trae mala suerte”.

“Hostia, doce veces, ni era consciente, supongo que lo hacía de forma automática, ¿Pero si no os rechazo la treceava no tendremos mala suerte verdad?”.

“Por supuesto que no, estás invitada, además nos viene de fábula porque en el todoterreno de Manolo hubiéramos ido los seis un poco apretados”.

No se puede decir que en aquel fin de semana perfecto en un pueblecito costero del Mediterráneo francés olvidara por completo su desgracia, pero casi, no le molestó cuando al bajar una escalera empinada Manolo le cogió la mano caballerosamente, aunque sin soltársela al llegar a la parte plana.

Algo que le sorprendió es que aquel grupillo variopinto pudiera hacer tan buenas migas, una lesbiana con prejuicios hacia los hombres, una divorciada resentida, un síndrome de asperger inteligentísimo, pero socialmente un desastre, un rasta fumador de canutos, un muchachito histérico, un cuarentón que aún buscaba el amor de su vida, y ahora ella.

Tal vez el secreto estaba en que se aceptaban tal como eran, sin exigirse nada en concreto, a nadie le preocupaba que Carlos dijera tres paridas por minuto ni que Alfonso no abriera la boca en media hora, también ayudaba el hecho de que no hubiera nadie perfecto, por eso Carolina no hubiera podido encajar hace unos meses.

En un momento dado el Rasta le dijo a la lesbiana: “Mira que rubia tan superbuena hay en la playa, tú te la ligas, yo la remato con un canuto y le montamos un trío que se caga, luego si se queda extasiada se la dejamos a Manolo que el pobrecico va con hambre atrasada”.

“Creo que queda por encima de nuestras posibilidades, además corro el riesgo de que entre canuto y canuto te confundas y me endiñes a mí”.

“Si llevas el braguero con pollón puesto no hay peligro, y no me digas que no te gustaría que le hiciéramos el sándwich, te cedería la parte de delante”.

“Cambiemos de tema que me estoy poniendo caliente y no he traído pilas de recambio”.

“No te quejes esta noche en la habitación tendrás dos amiguitas que podrían ayudarte”.

“Creo que no están por la labor, ósea que peor, podré ver, pero no tocar”.

Así entre bromas y risas fue pasando el fin de semana, al regresar, durante la cena Laura le comentó con una sonrisa maliciosa: “Pues no creas que hacíais mala pareja”.

“¿Quienes?”.

“Manolo y tú, estabais muy monos cogiditos de la mano”.

“No digas chorradas, él lo hizo sólo en plan de protección y amistad, porque sabe que ahora estoy muy vulnerable”.

“Si, y yo soy la Madre Teresa de Calcuta, no te digo que no haya parte de protección y amistad, pero está claro que le gustas más que a un tonto un lápiz rojo”.

“Además me queda muy mayor”.

“¿Cuántos años tienes rica?”.

“Treinta y seis”.

“Y él cuarenta y uno, ósea que no hay tanta diferencia, lo que pasa es que viste un poco chapado a la antigua, es muy ceremonioso y junto a los otros críos que tenemos por compañeros parece más mayor, pero si le quitas el traje tiene una musculatura de veintitantos años, que por eso va al gimnasio”.

“Pues no había pensado en ello, tendré que ir con cuidado para que no se haga ilusiones, o no de un paso en falso”.

“Escucha Carolina, de pasos en falso nada porque es todo un caballero y muy buena persona, quien no debe dar pasos en falso eres tú porque me cabrearía que le hicieras daño”.

“Bueno pues tendré que dejar las cosas claras con él”.

“No seas soberbia, ¿Dejar claro qué?, ¿Te ha pedido algo?, ¿Te ha dicho que le

gustas?, yo en su caso me molestaría y te contestaría: ¿Que te has creído?”.

“Tienes razón, entonces: ¿Qué debo hacer?”.

“Absolutamente nada, y si en un momento dado se insinúa, en lugar de menospreciarle le dices que estás traumatada por lo que te sucedió y que de momento no crees que puedas rehacer tu vida sentimental”.

Salieron unas cuantas veces más, a veces no los siete, porque el rasta tenía un ligue o Alfonso un compromiso familiar, al cabo del tiempo a Carolina ya no le importunaban las vulgaridades de Carlos, ni las inseguridades de Paquito al que en ocasiones le hacía un poco de mamá, ni los silencios de Alfonso, ni que a Elena se le escapara alguna mirada picarona hacia su escote, en cuanto a Manolo, percibió que Laura tenía razón, físicamente estaba estupendo, sólo con un par de cambios en el peinado y el vestir hubiera rejuvenecido diez años.

También se dio cuenta de que Manolo, aunque siempre le prestaba la mayor atención, nunca hacía la más mínima insinuación para que fueran algo más que amigos, eso hizo que se relajara y pudiera socializar con toda naturalidad, incluso cuando el rasta se metía con ellos y decía: “A ver qué esperas para ligártela Manolo, que vendrá alguien de fuera del grupo y te la quitará, yo ya le hubiera echado los tejos, pero como soy un basto, seguro que me mandaría a paseo”.

A lo que Carolina respondía: “Ni que fueras fino filipino, yo no estoy por dar el biberón a críos”.

“Fíjate, aún no se lo he pedido y ya me ha dicho que no”.

A lo que Manolo sentenciaba: “Déjate de tonterías, ¿Hay algo más bonito que una amistad sincera?”, para enrojecer cuando le contestaban: “Claro que lo hay Manolo, pero tú no estás muy puesto en estas cosas”.

Al final llegó la temida Nochebuena, aniversario de la muerte de toda su familia, Carolina se sorprendió de que días antes Laura le dijera: “Hemos de limpiar y prepararlo todo, seremos ocho para cenar porque Carlos dice que hemos de estar aparejados y se trae un ligue”, a lo que contestó: “No te lo tomes a mal pero precisamente esa noche no voy a estar para fiestas”.

“A ver rica, primero: Si el arregla-sesos te dijo que no debías estar sola... Esa noche menos que nunca. Segundo: ¿Les vas a hacer un feo a tus amigos que han cancelado otros compromisos para estar contigo?. Tercero: La fiesta ya está programada: ¿Qué vas a hacer, encerrarte en tu habitación o salir por las calles como una vagabunda?”.

“Jolín, me estás haciendo chantaje emocional”.

“Y más que te haré, ni lo dudes”.

“Está bien, me rindo”.

“Así me gusta, que seas dócil”.

La fiesta fue todo un éxito, la amiga del Rasta era tan basta o más que él mismo pero alegre como un cascabel, en un momento en que vio que Alfonso se había perdido en sus pensamientos dijo: “Ven aquí que te arreglo”, le agarró de los pelos de la nuca y le dio un morreo que lo dejó temblando.

El cava de calidad corría a raudales y Elena se desinhibía diciendo: “Como beban un poquito más me acabo llevando alguna a la cama”.

A lo que le contestaban: “Nada de eso, los hombres tenemos prioridad”.

“Ni hablar, vosotros podéis dejarlas preñadas y yo no. Carolina: Si obligatoriamente tuvieras que acostarte con uno de los dos, ¿A quién escogerías, a Manolo o a mí?”.

“A Manolo, ni lo dudes, por lo menos sería natural como la vida misma”.

“Que zorra, pues tú no sabes la de virguerías que podría hacerte yo, ibas a alucinar en colores”.

“Hay cosas que prefiero no saber”.

En un momento dado Laura dijo mientras sacaba una pequeña cajita: “Ya explicamos que hoy los regalos estaban prohibidos, así que aclaro que esto no es un regalo, sino un nombramiento, para ti Carolina”.

Ella lo tomó emocionada para comprobar que contenía un precioso broche en oro y esmaltes que representaba una mariquita, se lo colocó y contestó: “Es precioso, pero... ¿Qué es lo que quedo nombrada?”.

“Bicho de honor”, repitieron siete voces a coro.

“¿Bicho...?”.

“Nunca te lo hemos explicado, pero nuestro grupo se llama los bichos”.

“¿Quién os puso ese nombre?”.

“Bueno... En cierto modo tú, porque nos mirabas un poco como a bichitos, simpáticos, pero bichitos, por eso nos autodenominamos”.

“Joder... Y lo peor es que tal vez teníais algo de razón, en aquel tiempo me creía en la cima del mundo, pero la vida me ha dado una lección de humildad, y me ha permitido ver lo maravillosos que eran mis bichitos compañeros”.

“Vale, pues te añadiremos al grupo de WhatsApp de los bichos, lo malo es que a partir de ahora tendremos que utilizar otro medio para criticarte”.

“Que zorras, me andabais criticando a mis espaldas”.

“¿¡Como que zorras, te piensas que ellos son unos santitos¿?, te voy a pasar un par de mensajes en los que Carlos opinaba sobre tu culo...”.

“Nooo, prefiero que no me los pases, ya te creo”.

Aquella noche no le dieron demasiada opción a pensar, después de la cena sangría y película porno que dio paso a los comentarios más divertidos y obscenos que Carolina hubiera oído nunca, luego juego erótico en el que le tocó estar encerrada cinco minutos a oscuras en ropa interior dentro de un armario con tres hombres, Laura le decía: “Así, pase lo que pase no podrás acusar a ninguno en concreto”, a lo que el rasta contestaba: “Anda que si llego a estar yo... le repaso hasta lo que no tiene”, y Elena afirmaba: “O yo”.

El juego consistía en que una vez a oscuras ellos tenían que dar un par de vueltas a su alrededor para que no pudiera deducir la posición de ninguno, pasados un par de minutos notó como una mano le acariciaba el culo muy suavemente, primero por encima y luego por debajo de las bragas, pero no dijo nada y la cosa no pasó de ahí.

Al salir, Elena, ávida de morbo comentó: “No te he oído gritar, ¿Qué ha pasado?”.

“Bueno... alguien me ha repasado el culo, pero con mucha delicadeza”.

“Las chicas miraron picaronamente a los tres hombres para comprobar como Paquito se ponía muy rojo para acabar diciendo entre sollozos mientras se acurrucaba en el sofá: “Bueno, alguien tenía que hacer algo, sino hubiéramos parecido tontos todos”.

Fue la propia Carolina, todavía en bragas que fue a su lado, le dio un par de besos y le abrazó diciéndole: “Oye cariño, sino has hecho nada malo, además el juego consistía en eso, sino no hubiera tenido gracia, además he de confesarte que me ha gustado”.

“¿Me lo dices de verdad?”.

“Claro que sí, y más viniendo de un chico tan guapo como tú, anda no llores más, voy a vestirme qué sino cogeré frío y luego jugamos a otra cosa”.

Carlos fue a decir una obscenidad, pero un codazo le cortó en seco, y es que cada

cosa está bien en su momento adecuado.

Como la noche era fría y ventosa y todos habían bebido más de la cuenta Laura propuso que se quedaran a dormir, dado que las camas de ambas habitaciones eran enormes, se repartieron las cuatro chicas en una y ellos en otra, lo cual levantó protestas de todo tipo y alusiones sobre que la única realmente beneficiada era Elena la lesbiana, lo cual las otras cortaron diciendo: “Pero no nos puede dejar preñadas”.

Las chicas decidieron las posiciones en la cama por sorteo, a Elena le tocó el extremo derecho y Carolina a continuación. Al ir a dormir notó como su amiga se acostaba completamente desnuda a la cual ella alegó: “Es que con tanto calor humano si me pongo ropa sudaré”.

Por la noche notó como Elena la abrazaba, pero no pasó de allí.

En los planes que efectuaban para el fin de semana no siempre estaba el grupo completo, aquel fin de semana de mayo el mal tiempo dio una tregua y se presentaba perfecto para ir a la playa, pero a la mayoría le surgió un compromiso o un inoportuno resfriado y finalmente solo quedaron disponibles Manolo y Carolina que tuvo que asegurarle que no se sentía incómoda en absoluto saliendo a solas con él.

Fueron a esa calita de la Costa Brava donde el tanga sin sujetador era el uniforme para ellas, incluso en los extremos había quien tomaba el sol completamente desnudo por tanto Carolina no se hizo de rogar para quedarse con sus hermosos pechos al aire.

Cuando se volvió de espaldas Manolo se ofreció cortésmente para aplicarle el bronceador, con lo cual pudo lucir sus dotes de masajista, al bajar de los hombros hasta la cintura pasó directamente a los pies para ir subiendo, al llegar a la parte alta de los muslos y las nalgas que el minúsculo tanga dejaba casi al descubierto tuvo un momento de vacilación, pero no quiso pecar de pacato y continuó de la forma más profesional que pudo.

Cuando ella se volvió boca arriba sonrió viendo que Manolo había vuelto a tomar el tarro de bronceador y se disponía a aplicárselo pero no dijo nada y se dejó hacer, primero empezó por la cara y cuello luciendo su habilidad manual, de ahí pasó a los pies con una exhibición de reflexoterapia, pero tuvo su primera indecisión al acercarse a las ingles. Carolina, que le contemplaba divertidísima parapetada disimuladamente tras sus gafas de sol, decidió ayudarle abriendo un poco las piernas para ver cómo se sonrojaba y pasaba por aquella zona lo más brevemente posible, lo mismo que por el bajo vientre, pero al llegar a los pechos la indecisión fue total, cerró el tarro y lo dejó estar para inmediatamente oír a Carolina que con voz picarona le decía: “¿Me vas a dejar a medias?”.

“Bueno es que yo... No quería que pensaras...”.

“¿Que tienes malas intenciones e intentas aprovecharte de una pobre viuda desvalida?, ¿Como iba a pensar eso de un caballero como tú!?, anda acaba que no quiero quemarme”.

Tuvo que contener la risa al observar las maniobras que el pobre hombre intentaba hacer para extender la crema sin apenas tocar, cuando sudoroso dijo: “Ya está” le contestó: “Que chapuza, mucho masajista titulado y aquí no me has extendido el bronceador nada bien”.

A partir de ahí, ya por puro pundonor Manolo dio un verdadero recital de masaje en los senos de Carolina, hecho lo cual se tumbó boca abajo a su lado tratando de disimular la erección total de su pene, al cabo de un rato, comprobó que nadie le prestaba atención y se fue a refrescar a las límpidas aguas de la cala.

La comida a base de marisco y vino blanco fresco fue deliciosa, por la tarde pasearon por uno de esos encantadores pueblecitos medievales que jalonan el interior de la Costa Brava, en los paseos Manolo se atrevió no solo a cogerla de la mano, sino en ocasiones de la cintura.

En un momento dado decidieron que era absurdo recortar un fin de semana tan perfecto y buscaron un hotelito junto al mar, pero en aquella temporada no era tarea fácil, finalmente Manolo salió apresuradamente del último que les faltaba por mirar diciendo: “Les queda sólo una habitación, pero tiene dos camas y te aseguro que yo...”.

“¿Que tú serás todo un caballero?, eso ya lo sabía, sino no hubiera salido contigo”.

Después de la cena descubrieron una especie de pub musical con comodísimos sofás donde una suave música invitaba a bailar en la minúscula pista central, Carolina le sacó tomándole de la mano mientras decía: “Hace siglos que no bailo un lento, anda ven que me voy a oxidar”.

Cuando él intentó cogerle una mano poniendo otra en su cintura tuvo que señalarle que esa forma de bailar era de la edad de piedra, hizo que la abrazara por la cintura y pasó sus manos por detrás de su cuello pegando su cuerpo al de él y notando como temblaba lo cual le divertía enormemente, se sintió un poquito mala cuando le dio un beso en el cuello al diciéndole “Gracias por un día estupendo”, luego le miró de frente para ver si él se atrevía a besarla en los labios, el pobre hombre intentó balbucear una respuesta y no se atrevió con el beso.

De regreso en el hotel Carolina se sentía un poco perversa provocando inocentemente a su desdichado amigo, pero le gustaba tanto el juego que no tenía ganas de parar, cuando al desnudarse por completo para ir a la ducha vio la mirada de asombro de Manolo contestó candorosamente: ¿Qué pasa?, si en la playa ya me has visto todo menos este triangulito, además a veces es peor imaginar que ver”.

Ya en el colmo de la maldad al salir le pidió que le secara la espalda y después, con toda naturalidad que le aplicara crema hidratante por todo el cuerpo así desnuda tal como estaba diciéndole: “Aquí puedes hacerlo más tranquilamente que en la playa porque nadie nos ve”.

Estaba convencida de que al hacerlo con ella boca arriba en algún momento tomaría alguna decisión y besaría sus pechos o acariciaría su clítoris, en ese momento pensaba cortar el juego pidiéndole perdón por haberle provocado, pero no ocurrió nada de eso, ni cuando ella le besó en la mejilla dándole las gracias, entonces es cuando ella se acostó y comenzó a sentirse muy mal por haber jugado de aquella manera con los sentimientos de aquel buenazo.

Comenzó a reflexionar sobre su vida actual, nadie la necesitaba, tampoco hacía ningún bien a nadie como colaborar con una ONG o con ayuda directa a los desfavorecidos, encima cuando tenía un buen amigo se dedicaba a pegarle un calentón que le tendría toda la noche sufriendo, al final tomó una decisión y susurró: “Manolo”.

La respuesta le llegó de inmediato: “Dime princesa”.

Aun se quedó peor, en lugar de llamarla zorra caliente braguetas, que es lo que merecía, la llamaba princesa. Totalmente decidida siguió diciendo: “Si yo hubiera bebido tanto que te pidiera hacer el amor esta noche, ¿Pensarías por ello que ya somos novios o que tienes algún derecho sobre mí, o que la cosa se repetirá más veces?”.

“No cariño mío, yo soy con respecto a ti como un perro perdido que acepta cualquier migaja sin pensar que por ello voy a ser adoptado”.

“Pues he bebido lo suficiente, quítate el pijama y ven a mi cama”.

“Cuando el pobrecillo vino desnudo encima de ella estaba temblando como un colegial y solo notarla piel con piel padeció una eyaculación precoz, ella le besó y le dijo con una sonrisa maternal: “Ves a limpiarte y vuelve”.

Al regresar estuvo besándola y acariciándola con una dulzura como jamás había sentido, al cabo de pocos minutos él volvía a tener una erección completa, en este caso sí que pudo penetrarla y hacerle el amor durante unos eternos treinta minutos en los cuales Carolina se sorprendió a sí misma teniendo un par de estupendos orgasmos, con lo cual también salió beneficiada de lo que en principio había diseñado solo como una obra de caridad.

Al acabar él le dijo: “Quédate aquí princesa, que voy a buscar algo para limpiarte” y regresó trayendo una toallita con la que retiró los restos de semen.

Para ella, este sencillo acto de ternura le pareció maravilloso, su marido nunca había hecho nada semejante, o se quedaban los dos en la cama ensuciando las sábanas que ya cambiaría al día siguiente la criada o cada cual iba al bidet a limpiarse.

La noche tuvo más momentos de pasión y de amor y por una vez en año y medio Carolina dejó de sentirse desdichada, no es que olvidara el pasado, sino que lo veía como una película preciosa pero que había finalizado.

El día siguiente transcurrió tan bien como el anterior pero después de comer volvieron a Barcelona para no padecer la caravana de retorno, al llegar él le preguntó si quería venir a cenar a su casa, ella le sonrió le besó y se despidió diciendo: “No hay que abusar”.

Aquella misma tarde cuando Elena le preguntó cómo había ido el fin de semana se limitó a contestarle: “Estupendo, relajante, y respecto a Manolo... ¿Que puedo decirte?, es todo un caballero, se está muy a gusto con él”, y no añadió nada más”.

El fin de semana siguiente todo el grupo quiso apuntarse a repetir la jugada, pero reservando hotel por supuesto, Carlos dijo que se traería a su choni porque así serían números pares y no necesitarían habitaciones triples, su amiga dio la nota en la playa bañándose desnuda a pesar de que no estaban en el extremo nudista pero la verdadera sensación fue Carolina cuando se quedó en topless, aunque esta vez se auto aplicó ella misma la crema bronceadora, finalmente Laura se quitó el sujetador y Elena no quiso ser menos e hizo un rollito con su finísimo bañador hasta dejarlo a nivel de la cintura.

Pero esto no fue nada en comparación con la que se armó cuando Carolina dijo que compartiría habitación con Manolo que se puso rojo como un tomate sin saber hacia dónde mirar, se oyeron muchos: “¡Wau!”, o “Vaya, vaya”, Carlos añadió que por supuesto el dormiría con su choni, a lo que Laura añadió: “¿Y yo sola con Elena?, ni hablar, Alfonso tú conmigo que me fío más de ti que de ella”.

Finalmente, la propia Elena sorprendió a todos diciéndole a Paquito: “Al final nos hemos quedado tú y yo solos, bueno no importa, no será la primera vez”, y a los comentarios de: “¿Así que tú y Paquito...?”, respondió: “La que quiera saber que duerma conmigo una noche y se lo explico con pelos y señales”, pero nadie se ofreció”.

A la mañana siguiente Carlos dijo que había oído chirridos de somier y gemidos saliendo de todas las habitaciones, todos rieron, pero nadie lo desmintió, sólo Elena le dijo: “Poca faena tendrías cuando te has pasado la noche escuchando”, a lo que él añadió: “El morbo ayuda más que la Viagra”.

Pasó el tiempo y la relación con Manolo se afianzó, descubrió que era culto sin ser

pedante, que era fuerte sin ser chulesco y que era dulce a pesar de ser varonil.

Cuando por un fallo con los anticonceptivos se quedó embarazada se apresuró a casarse y, para disgusto de Laura, irse a vivir con él, porque, aunque moderna le gustaba llevar ciertas cosas con total seriedad. A su boda sólo invitó a los bichillos, ¿Para qué más?”.

Al cabo de un año volvía a quedarse embarazada y ahí decidió parar, deseaba pensar que aquella parejita era la reencarnación de sus anteriores hijos.

No obstante, a pesar de haber refundado una familia estupenda, nunca dejó de lado a sus compañeros, sus bichillos, que en un momento dado fueron todo lo que tuvo.

Pensando en su anterior vida ahora no le parecía tan perfecta, sino pija, relamida y un tanto artificial, apreciaba más la espontaneidad y sencillez actuales y cuando alguien le preguntó si no lo añoraba le respondió con la frase de Rabindranath Tagore: “Si lloras por haber perdido la luz del Sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas”.

FIN ...

REPARTO

Carolina.... Protagonista

Alfonso..... Síndrome de Asperger

Paquito..... El Nervios, histérico.

Manolo..... El Abuelo

Elena Contable lesbiana con gatos

Laura Vendedora con 2 divorcios y un perro

Carlos Rasta fumeta.